HERMANN GARMENDIA

CIEN AÑOS

Y LA

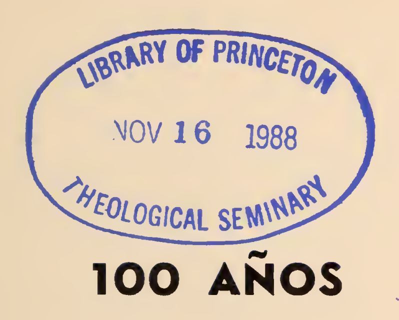
DIVINA PASTORA

(Relato Histórico)



BARQUISIMETO - Julio 1955.

Hermann Garmendia

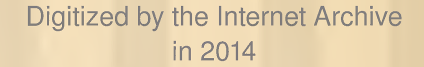


100 AÑOS

Y LA

DIVINA PASTORA

— Barquisimeto, Julio de 1955 —



Dedico:

A los Miembros de la "Junta Pro-Centenario de la Divina Pastora".

EL AUTOR.

LIMINAR

Una tarde, charlando con algunas damas de acendrada barquisemetanidad, una de ellas me sugirió el tema que desarrollo en estas páginas: "100 Años y la Divina Pastora" con un prólogo que vino después del Dr. Críspulo Benítez Fontúrvel, Obispo de Barquisimeto, que honra mi trabajo.

En esa forma quisieron las damas que se evocara a la Divina Pastora con motivo de cumplirse 100 años, el 14 de Enero del año 1956, de su primera visita a Barquisimeto en las trágicas circunstancias que se relatan en estas páginas.

No podía subtraerme al toque espiritual de aquellas damas ni negarles una colaboración que tiene mucho que ver con mi vocación hacia los temas de la historia y de la tradición. Y, fruto de aquel propósito, surgieron estas páginas, noche a noche en mi cuarto de estudio.

La carencia de archivos y la falta de tiempo y de reposo suficiente para hacer una obra exahutiva y original en sus hallazgos documentales, fueron causa

de que el tema no ahonde lo suficiente y se quede un poco en la superficie. Pero, se llega a la raiz, al grano de la fé, sustentáculo de una devoción tradicional que cumplirá su primera centuria el próximo año.

La Divina Pastora forma parte sustancial de la tradición del pueblo barquisimetano. Hacerse eco de esa tradición, describirla en sus meandros históricos, es servir a la ideosincracia de ese pueblo y a los valores eternos de su fé. Porque la Divina Pastora, entidad pastoril de una aldea indígena que hace fáciles milagros, se podría confundir con los elementos folklóricos regionales. Tal la pureza popular de su origen en el alma de los fieles que la adoran.

Dejo estas páginas, nimbadas por tan honroso prólogo como es el de su Excelencia; el Obispo de Barquisimeto Dr. Críspulo Benítez Fontúrvel, dejo estas páginas a la emoción sencilla de la buena fé....

El Autor.

No es rica la Divina Pastora de Santa Rosa, como lo son la Coromoto de Guanare y la Chiquinquirá, tanto en Maracaibo como en Aregue, respectivamente. La Divina Pastora de Santa Rosa es la Vírgen de Juan, Ella no se ha desligado del indígena irredento, del indígena que todos llevamos por dentro, en grado menor o mayor. No luce Ella joyas de fabuloso valor, ni tampoco tiene pingues tierra de labranza. Es, perfectamente, celestialmente, la Vírgen del de abajo. En el corazón de cada barquisimetano tiene erigido un santuario de mayor valor que las perlas de todos los mares y las espigas de todas las tierras. Y no hay aurora sin que los ángeles no estrenen nuevos himnos para ensalzar la gloria de la Vírgen de Juan, de la Vírgen de los Indios Gayones, de la madre adorable del báculo protector de la flecha.

ELIGIO MACIAS MUJICA.

PRESENTACION

Por el Dr. CRISPULO BENITEZ FONTURVEL
(OBISPO DE BARQUISIMETO)



Laudable finalidad persigue la publicación de este folleto "Cien años y la Divina Pastora" del atildado escritor Hermann Garmendia: la de difundir en estilo elegantemente sencillo y exquisitamente popular la prodigiosa historia de la Primera Visita de la Imagen de la Divina Pastora a Barquisimeto, hace ya cien años.

La tradición es la historia de los pueblos. La Religión y la Patria conservan hechos gloriosos llegados hasta nuestros días por auténtica tradición popular. Hecha vida del pueblo barquisimetano y ya historia de valiosos contornos en su existencia, es la Primera Visita de la Divina Pastora a su Ciudad y los acontecimientos que a esa Visita rodearon.

Hermann Garmendia narra, asido a la verdad histórica, la floración con que la tradición veraz ha fijado el acontecimiento en las mentes de los hijos de nuestro Católico pueblo.

La Divina Pastora recibirá agradecida este homenaje. Para rememorar en su mayor autenticidad el hecho histórico, trataremos de reproducirlo en sus más destacados detalles, conforme a la narración del presente folleto. El Nazareno de

la Concepción irá a recibir a la Divina Pastora como hace cien años lo hiciera la misma Imagen, y las voces de Barquisimeto cantarán el Popule Meus de aquel célebre acontecimiento. Allí estará presente el Barquisimeto que se fué cargado de Fe, y el Barquisimeto que perdura con la Fe de antaño y la esperanza de ogaño.

El Padre Yépez con su corazón sacerdotal entregado a Cristo por mediación de María Divina Pastora, y los Sacerdotes de hoy con igual anhelo, y sus jóvenes Seminaristas en promesa perenne de imitación a las virtudes de quienes le precedieron y supieron hacer honor a su sotana y a su misión; todos espiritual y efectivamente presentes.

La lectura de este Folleto: "Cien Años y la Divina Pastora", avivará la Fe y el amor a la Madre que nos dió al Dios encarnado y Redentor de nuestras almas. Amamos a María porque ella dió sangre y carne a Dios para redimirnos.

Con mi bendición de Padre y Pastor para el autor de esta reseña histórica que os recomendamos, y para vosotros, hacemos Nuestra Preglaria: Divina Pastora "Salva una vez más y para siempre a tu Pueblo"!

Barquisimeto, veintisiete de mayo de mil novecientos cincuenta y cinco.

LAS PASCUAS SOMBRIAS DE 1885.

La ciudad de Barquisimeto para 1855 parecía estar sumida —todavía— en la placides de su siesta colonial. Tenía seis calles longitudinales; largas y empedradas con aceras de laja y una población que no pasaba de los 10.000 habitantes. Las casas de la gente pobre exhibían su tosca armazón de horconadura y bahareque, contrastando con las mansiones severas de las familias notables.

Las calles, de trecho en trecho, ofrecían una acogedora visiòn de grandes ventanales torneados y solemnes portones claveteados, Allí vivían los dueños de los vecinos fundos agrícolas, los hombres notables en la política local o en el ejercicio de profesiones liberales. Pequeño y escogido núcleo social que constituían las clases dirigentes, haciendo sentir su benéfico influjo en el fondo de aquella comunidad laboriosa.

La única manifestación de vida social se había refujiado — a falta de Club organizados — en aquellos zaguanes empedrados; sede de nocturnas tertulias donde se desglosaba el tópico de lo más palpitante: la "Ley Abolicionista de la Esclavitud en Venezuela" o los recientes sucesos de la revolución del año anterior, cuando había perdido la vida, asesinado en el turbión de una asonada callejera, el Gobernador de la Provincia doctor Martín María Aguinagalde y otros personajes importantes del momento. Mandaba el País el General José Tadeo Monagas y era Gobernador de la Provincia don Zabulón Valverde y Jefe Político del Cantón don David Ramos.

El elemento básico de expansión espiritual — de carácter popular — lo constituían las festividades religiosas que adquirían, gracias a la fé de los habitantes, una pompa sin igual.

Fué, así, como para el año —que ya finalizaba — la ciudad, íntima y cordial, se disponía a celebrar las pascuas navideñas con villancicos, pesebres, tocatas en las puertas de los Templos y fuegos de artificio.

En los primeros dìas de diciembre, el infatiga-

ble Cura Párroco de la Santa Iglesia Concepción, el Padre Macario Yépez, proyectaba reunir en su casona parroquial a los elementos connotados de la ciudad con el fin de que, aquel año, los dias pascuales adquirieran el alegre y edificante acento de otras épocas.

Una noche fria de los primeros días de diciembre, bajo el candil borroso de los faroles, los graves personajes convocados por el señor cura, despaciosamente, se dirigían a la casa cural para atender al llamado del autorizado levita.

Sentado el sacerdote en un espeso sillón frailuno, en el fondo del amplio y enladrillado corredor, esperaba la presencia de los invitados, siempre puntuales al llamado de la esquila de aquel firme pastor de almas.

La luz dorada de una lámpara doméstica — en un rincón de la sala — alumbraba la escena. Se destacaban, como bruñidos en bronce antiguo, los rasgos de aquellos nocturnos visitantes de negros levitones. Grande era el ascendiente moral que el Padre José Macario Yépez ejercía en aquel conglomerado barquisimetano.

La austeridad de sus costumbres privadas, su ilustración excepcional, el fulgor de su verbo en la Cátedra Sagrada, sus dotes de recio polemista, su fama de pulcro escritor, el recuerdo de sus intervenciones parlamentarias y su defensa al general José Antonio Páez, fundamentaban el prestigio de su hábito talar en el regazo de aquella sociedad, siempre estremecida por las preocupaciones trascendentales de la fe.

Los allí presentes sabían, por propia experiencia, que bién podría confiarse en las iniciativas del Padre Yépez, garantizadas por el éxito. No era propiamente un áspero cura de "misa y olla" el que tenían al frente apto solo para rutinarios trajines de sacristía.

Hacía como dos años lo habían visto construír el Templo de la Iglesia de la Concepción a los 41 años de haber sido destruído por el terremoto del año 1812. Había organizado los carcomidas rentas de las Vicaría, habìa exaltado las manifestaciones sensibles del culto externo, había dotado al Templo de ornamentos y demás accesorios del culto, le habìan contemplado fundando Escuelas entre las estrecheses de un medio social atrasado y, en general, sabían de su temple de varón cuando era preciso demostrarlo en defensa de la Iglesia.

A pesar del festivo propósito que congregaba a aquellos personajes, una pesada atmósfera, como cargada de oscuros presagios, parecía deprimir el ánimo de los circunstantes. ¿Cuál el motivo de tanta gravedad y mal disimulado abatimiento?

Sucedía que el Padre Macario Yépez — como los asistentes — tenían noticias de que en algunas poblaciones estaba haciendo estragos la terrible epidemia del Cólera.

Se sabía que desde el mes de agosto de aquel año los habitantes de la Provincia de Caracas, Aragua y Carabobo se sacudían entre los estertores de la muerte bajo el terrible bacilicoma del cólera asiático, el terrible "Spirillun choleroe ",bacteria virulenta que se había introducido por el Oriente del Pais, procedente de la lejana India, de allá de las cenagosas desembocaduras del río Ganges.

Pese a tan sombrías perspectivas, los convocados, disimulando un poco sus temores, hablaron de las festividades pascuales y de todo lo relativo a su mejor organización.

Al toque de las nueve de la noche, después de

discutir el asunto pascual que los congregaba, pusiéronse de pies, se despedieron del solícito sacerdote y salieron a la calle por el ancho portón claveteado. Sus siluetas desdibujadas, se perdieron en las callejas sin fondo.

Un áspero olor de amargosos húmedos se hundía en el aire entre la monocorde sinfonía de los grillos.

§§§

PRIMER TOQUE DE ALARMA.

Al dia siguiente, la ciudad había de amanecer, como siempre: tranquila y rutinaria.

Regresaban del Rio Turbio los aguadores con sus borricos: el dueño de la Hacienda cercana, al trote fino de su buena mula, trasponía la ciudad rumbo a sus afanes labrantíos; las mujerucas mandaderas, arrastrando su chancletones por las aceras de laja, marchaban a las pulperías de la Calle Real en busca de las lonjas y las húmedas verduras del meridiano yantar: las vacas, después del ordeño matinal, salían por los portones de campo hacía el pasto silvestre de las cercanas sabanas, húmedas con el rocío mañanero.

Y, enredados entre aquellos trajines matinales, marchaban dos conocidos personajes; el Gobernador de la Provincia, Don Zabulón Valverde y el Jefe Político del Catón: Don David Ramos mientras la gente se detenía para mirarlos.

Se dirìgian a la Casa Cural, con el fin de exponerle al Padre José Macario Yépez la gravedad de la situación frente a la vecindad del terrible cólera que amenazaba a Barquisimeto.

Gente oscura y desaparrada, con la cara angulosa por la fatiga, provenientes, de lejanos pueblos costaneros, se habían aparecido en la ciudad huyendo de la terrible epidemia, en desgarrador éxodo. Con los ojos exaltados por el terror de lo que habían presenciado, contaban en las esquinas, ante las gentes asustadas, los trágicos sucesos acaecidos en sus regiones nativas.

Decían de poblaciones enteras azotadas por el vendaval de la epidemia. Hombres y mujeres que caían en plena calle fulminados por el mal asiático con los dedos agarrotados sobre el calambre del vientre; abatidos entre terribles vómitos.

Aquellos fatídicos relatos habían creado un

estado de alarma general.

Ecos de aquella alarma popular llevaron los dos personajes al conocimiento del Padre Jose Macario Yépez con el propósito de estudiar en conjunto las providencias que habrían de tomarse frente a la proximidad de un contagio colectivo.

Aquella misma noche sesionó el Cabildo de la ciudad con gran asisiencia de curiosos apiñados en las barras.

Ya se sabía, por informes oficiales, que el 26 de septiembre de aquel mismo año el morbo había invadido los valles de Aragua, sembrando la muerte: que a los pocos dias hizo su entrada en Valencia y que el 30 de septiembre aparecia en Puerto Cabello extendiéndose, en ondas concèntricas, hacia los apartados pueblos circunvecinos.

En todos aquellos lugares se improvisaban cementerios en sitios apartados para sepultar las victímas llevando a los apestados, todavía vivos, al borde de las negras zanjas. ¿Cuándo llegaría el cólera a Barquisimeto? ¿Que providencias debían tomarse frente a la situación? Eran preguntas que mantenían en suspenso a la ciudad.



EL AVISO FUNESTO

La naciente alegría pascual fué disipada repentinamente por un lúgubre episodio registrado en la ciudad.

El 6 de diciembre— de aquel mismo año— un campesino, harapiento y descalzo, bruñido el rostro terroso por la fatiga, traspuso el umbral de la Casa Cural solicitando los servicios del Padre José Macario Yèpez para una moribunda: balbuceó un sencillo nombre: María Fonseca Suárez, que se revolcaba en su miserable camastro víctima de calambres y vómitos, bajo el techo de su chocita.

El Padre Yépez, informándose por el mismo campesino sobre el carácter de los síntomas, quedó

convencido. Se trataba de la primera víctima del cólera y no pudo reprimir su alarma.

Cuando la gente contempló al Padre José Macario llevando el Viático debajo de su paraguón encarnado y al son de una campanilla insistente que adelante agitaba un sacristán; cuando lo vieron rodeado por hombres que no dejaban a ninguna persona seguir al cortejo, como era costumbre piadosa de aquel tiempo, el pánico se apoderó de la población: **! ! Habìa aparecido el Còlera en Barquisimeto** .... **! !**

Para la hora en que el médico Fréytez llegó al lecho de la enferma no le quedó duda de lo que presenciaba. Todas las características del mal estaban allí presentes; vómitos, evacuacionas ventrales de materias líquidas de apariencia lechoza con grumos albuminosos; supresión repentina de la orina, hundimiento de los ojos en las cuencas orbitarias, frialdad marmórea del cuerpo, coloración violácea de la piel, calambres violentos, pulso débil, afonía y respiración trabajosa y acompasada.

Las autoridades, informadas del caso, destacaron "Bandos" por toda la población tratando de instruir a los habitantes sobre las medidas preventivas que

habìan de tomarse para evitar la propagación del sombrío basilicoma. Pero todo fué de una trágica inutilidad.

Dado el atraso de la época,—en materia de profilaxia social—la naturaleza fulminante de la enfermedad infecciosa como la ineficacia de los remedios de una terapéutica primitiva, la terrible honda epidémica, transmitida por las deyecciones de los enfermos, se propagó rápidamente.

Empezaron a circular por las calles, lúgrubres camilleros.

En todas las casas se encendían votivos velones invocando la protección de los santos: en todas partes se escuchaba el abejoneo de atribuladas oraciones.

Las muertes se sucedían con inusitada rapidez.

Las autoridades, en vista de la apremiante situación improvisaron un cementerio común el sombrío "Dividive" donde sepultaban, de día y en las horas de la noche, sin ninguna ceremonia religiosa, el cadáver de los apestados.

En los morteros de sus oscuras trasboticas, inclinados bajo la luz anaranjada de las lamparas,

los médicos de la ciudad confeccionaban pildoras a base de polvo de ají, cálome y opio para administrar a los enfermos. Cuadrillas de camilleros recorrían las calles encargados de trasladar las víctimas al "Dividive" sin esperar siquiera que exhalaran los últimos suspiros.

En las casas donde se tenían noticias de que había acaecido una defunción, se presentaban bruscamente, penetraban en la cámara mortuoria, se apoderaban del cadáver, lo colocaban en la camilla y salían con su carga macabra hacia la calle.

La magnitud de la tragedia puso en evidencia el silencioso heroismo de los hombres notables de aquel tiempo.

Los Sacerdote del Servicio de la capital, José Macario Yépez, José María Raldíris, Ildefonso Escalona, Nicolás Vázquez, Andrés Domínguez y Elías Matheus se habían repartido en la zona infecta llevando auxilios materiales y espirituales conforme a su misión.

Ni por un minuto el temple broncíneo de aquellos varones, vaciló ante la posibilidad de contagio.

Al igual que los Sacerdotes, los facultativos afrontaron la situación con ánimo decidido. Con sus mascarillas que le cubrían parte del rostro, se pudo contemplar la figura de los médicos Jesús Fréytez, Juan Tamayo, Vicente Cabrales, José María Pérez, Jesús María Fernández y Candelario Valera, llevando los pobres recursos de la farmacopea criolla hasta el propio lecho de los enfermos.

§ § §

UN RAYO DE ESPERANZA EN LA DESOLACION

Durante todo el tiempo aquel, la infecciõn tenía en su haber innumerables víctimas de todas las clases sociales. Desde el pobre peón de hacienda, pasando por la delicada mantuana linajuda, hasta el señor de campanillas y preeminencias.

Extenuado por profundas vigilias, el Padre Yépez, estaba sumido en las más tristes reflexiones que se traducían en ardientes súplicas a la Divinidad.

La zanjas del "Dividive" estaban hartas de muerte en duras jornadas de agonía. Mujeres de rostros lívidos se apiñaban en las naves de las Iglesias implorando celestiales auxilios. Todas las actividades de la ciudad estaban en suspenso: bajo el frío de la muerte.

Qué hacer para reconfortar los espíritus atribulados? ¿Cómo estimular el decaído ánimo colectivo? Caravanas de preguntas de esta índole desfilaban por el cerebro del Padre Yépez, acongojando su corazón.

El Padre Yépez pensó en estimular los poderosos resortes de la fe en el ánimo de su grey. Una de aquellas noches más trágicas, en compañía de algunas personas de la localidad, propuso el Padre Yépez la erección de una Cruz — "La Cruz Salvadora" — en el histórico sitio de Tierritas Blancas.

Buscaba darle expresión sensible, por medio del símbolo cristiano, a un estado de angustia colectiva, estimulando los recursos de la fe en el sentido de las más altas esperanzas.

Se convino en eregir la "Cruz Salvadora" y bendecirla el 14 de enero del año que tan tristemente se iniciaba. Siendo el Padre Yépez hombre de empresas sin desmayos, pese a la angustia general, logró instalar la Cruz bajo la dirección de Mariano Raldiriz y José Manuel Oberto.

Y así el radiante símbolo secular de la cristiandad, fué eregido a título de desagravio y para atraer la misericordia divina en tan conflictivos instantes sobre la ciudad.

Para darle mayor realce al acto, dispuso el Padre Yépez que la Imagen de la Divina Pastora de Santa Rosa fuera traída procesionalmente de aquella aldea hasta el pie mismo de la Cruz, donde, como en una divina cita, la esperaría el Jesús Nazareno de la Santa Iglesia Concepción. Frente a la Madre y su Divino Hijo, la multitud imploraría el don del milagro.

Serían las cuatro de la tarde del 14 de enero de 1856 cuando la Imagen de la Divina Pastora, procedente de su navecilla del Templo santarroceño, seguida de una musitante muchedumbre, llegó al pie mismo de la Cruz Salvadora.

Un solo sentimiento confundía y nivelaba, en una sola angustia, a todas las clase sociales.

Podría verse, en aquel variado conjunto humano, la blanca mantilla de la dama de alcurnia confundida con la enagua de zaraza desteñida de alguna mulata campesina: el pie descalzo del peón de hacienda, mezclado con la zapatilla de raso con su coqueto lazito en el peine, la narizota chata y arremangada de la negra cocinera, de escote generoso con su pañuelo de madrás en la cabeza, contrastando con el rasgo fino de la gentil mantuana.

Allí mismo, frente al aire de la sabana, un coro compuesto por señoritas, entonaron con mil veces trémulas, las notas solemnes del «Pópule Meus». Entre los circunstantes se repartió profusamente una hoja impresa que expresaba los sentimientos que movían al pueblo barquisimetano en aquella ocasión.

§ § §



EL PRIMER RESPLANDOR DEL MILAGRO

Nunca en la historia de Barquisimeto se había registrado tan grande manifestación de fé católica como en aquella fecha lejana del 14 de enero de 1856. Ignoraba el Padre Yépez que allí estaba latente el mosto de una tradición que se perpetuaría por los años y glorificaría sus venerables cenizas.

Cuando las voces del coro femenino terminaron de cantar el "Popule Meus" y todos al mismo tiempo imploraron a la Excelsa Madre la cesación del Cólera, la procesión siguió su destino: lentamente. Pero ya aquella gente no costituía una alarmada masa humana.

Eran hombres y mujeres reconfortados por el vino de la fe, por la visión seráfica, por el presentimiento de días menos atormentados como aquellos de dura prueba por los que atravesaban.

En las puertas de la Santa Iglesia de la Concepción otra mutitud de fieles esperaba entre oraciones la llegada de la Divina Pastora. Pero en el trayecto de Tierritas Blancas a la Iglesia sucedió el primer acontecimiento milagroso que guarda la tradición en los hondos joyeles de su infolios.

¿Qué había sucedido en el trayecto? En una de las casuchitas pajizas que estaban a la entrada de Barquisimeto yacia en su interior una moribunda víctima del mal.

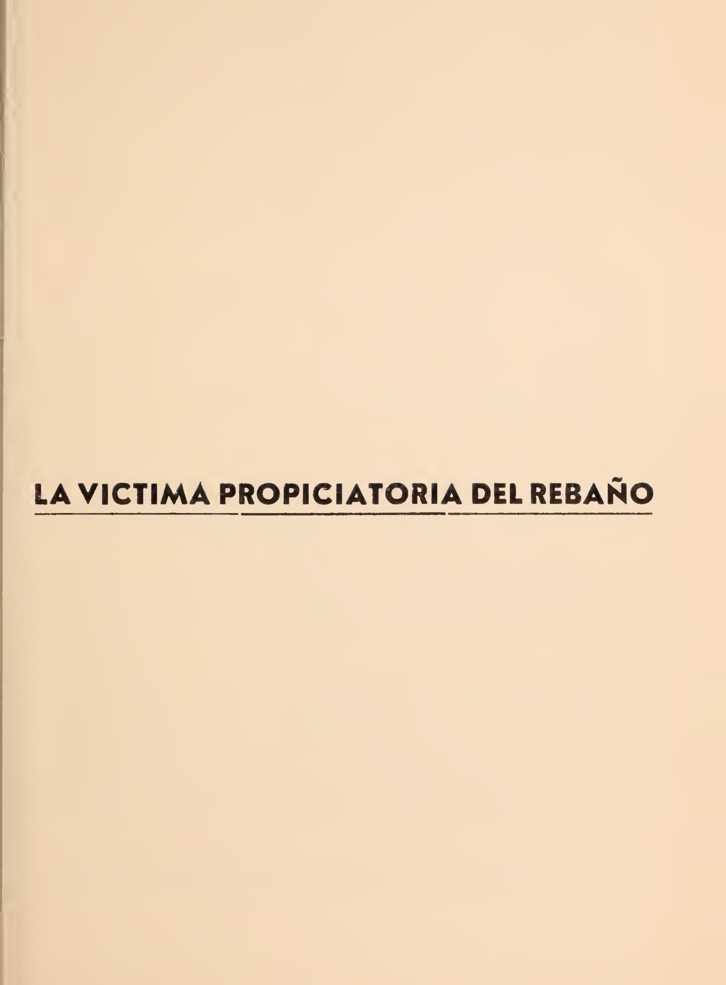
Como agentes agoreros de ultratumba estaban merodeando los camilleros esperando el último estertor de la moribunda para sepultarla en el "Dividive". Era la pobre Ceferina Cristina, mujer de Pedro Valdez, pintoresco personaje de Barquisimeto a quien por su oficio apodaban "Ño Pedro, El Correo".

Su pobre mujer se hundía en el tremedal del cólera con los ojos vidriosos de la cercana muerte.

Al pasar la Divina Pastora al frente de la cabizbaja casucha, la enferma se incorpora sorpresivamente de su pobre lecho, pide agua para calmar los ardores de la fiebre y vuelve en sí completamente sana hasta salir a la puerta y dar gracias a la Vírgen con los ojos anegados en llanto.

La procesión se detiene. Las gentes maravilladas se santiguan.

§ § §



LA VICTIMA PROPICIATORIA DEL REBAÑO

Aquel milagro, presenciado por la multitud, hizo florecer las rosas de la fe. Muchos se arrodillaron con los brazos en cruz, anegados en exclamaciones, implorando la divina misericordia. Otros corrían a arrojarse a los pies de la Imagen besando las orlas de su capa pluvial o discutiéndose las andas del palanquín para llevarla sobre los hombros.

Como un espeso río por el cauce de la calle, la procesión siguió su lento curso, aumentando su caudal humano con los devotos que se sumaban al cortejo, con la oración en los labios. Frente a algunas casas, se detenía la Imagen para recibir algún sencillo homenaje.

Caía la tarde cuando la Imagen llegó a las puertas mismas de la Santa Iglesia de la Concepción donde se apiñaba otra devota multitud. Lentamente, hizo su entrada por las solemnes naves de la Iglesia.

En medio de un impresionante silencio, el Padre Yépez, visiblemente emocionado, subió a las gradas del Púlpito para pronunciar el discurso que el instante reclamaba. Un gran silencio se dejó sentir.

Los badajos de las campanas descansaron.

El Padre Yépez, con la elocuencia de su numen, improvisó su discurso. Exhortó a los fieles para que confiaran en la misericordia divina mediante la intercesión de la "Divina Pastora de Santa Rosa".

Aquella Vírgen con su sencillo atavío de Pastora, sentada en su dorado solio, con su manto pluvial, su sombrerillo de paja sobre la inclinada cabeza, con su cayado pastoril y su Niño Dios en el regazo materno, simbolizaba en aquellos dramáticos instantes lo más vivo del sentimiento de aquella multitud.

Al finalizar la plática, el Padre Yépez abrió los brazos en cruz y vuelto hacia la Imágen con voz ahogada por la emoción, exclamó en trance de generoso holocausto: Virgen Santa, Divina Pastora, por el bien y salvación de este pueblo, te ofrezco mi vida y que sea yo la última víctima del cólera.

Descendió con gravedad el sacerdote de las alturas de su púlpito: terminando el acto la enorme muchedumbre, reconfortada, se dispersó por las calles.

Dice el Hermano Nectario María que fué creencia generalizada, confirmada por los sobrevivientes de la epidemia, que la llegada de la Divina Pastora a Barquisimeto marcó el fin de tan mortífero morbo.

HOLOCAUSTO ACEPTADO



Al día siguiente floreció en todos los barrios el consolador comentario y la esperanza anidó de nuevo en el corazón de la ciudad desolada. Durante veinte días durante los cuales la Divina Pastora permaneció en las naves de la Iglesia de la Concepción una intensa romería de fieles, provenientes de los más remotos caseríos del Estado, se arrodillaban en el Templo.

En los hombros de los fieles la Divina Imágen visitó todos los Templos urbanos. A su paso por las calles, en muchas casas se le improvisaban altares y muchas personas aprovechaban la ocasión para declarar un favor concedido por la Vírgen.

Las flores de todos los jardines se derramaron frente a la Excelsa Madre y no había casa grande o pequeña donde no se le encendieran oferentes luminarias y oraciones.

Una tarde aparecían por las calles apresurados jinetes sobre sus bestias jadeantes. Eran ricos hacendados de Yaritagua o de pueblos vecinos, que atraídos por la fama del milagro, llegaban donde el Padre Yépez para pedir la visita de la Vírgen a sus pueblos. Seguida de compacta multitud la imágen era trasladada por todos los caminos, dejando como huella de su paso, la estela de sus milagros, la irradiación de la confianza en la divina providencia.

La ciudad afligiada recuperaba la calma cuando una funesta noticia llenó de sentimiento a Barquisimeto. A principios del mes de junio de 1856, el Padre Macario Yépez se sintió repentinamente enfermo. Había contraído el cólera. Al trágico rumor de la noticia, innumerables personas llegaron hasta la casa del ilustre encamado para inquirir por su salud. Indudablemente, se decía, la Divinidad había aceptado el holocausto del Padre Macario Yépez.

Los desvelos de la ciеñcia Médica se hicieron patentes frente al lecho del enfermo. Gracias a su

constitución física pudo sustraerse a las garras del cólera y ya convaleciente le sobrevino un tifus que lo llevó al sepulcro.

El Padre Raldiriz, sacerdote que no se separaba del lecho del enfermo y quien lo asistió hasta sus últimos instantes, refería que pocas horas antes de morir el Padre Yépez, hubo de levantarse trabajosamente de su lecho y pidió le trajeran una imágen de la Inmaculada Concepción. Frente a ella en los estertores mismos de la agonía, exclamó:

—«Vírgen Madre de Dios, por el Misterio de tu Concepción Inmaculada, te pido ruegues a tu santísimo hijo Jesús, me otorgue la gracia de que sea yo, la última víctima del cólera.........»

Tendiéndose en su lecho, expiró. El reloj marcaba las siete de la mañana. Era el dieciséis de junio.

§ § §

TRANSITO A LA INMORTALIDAD

El entierro del Padre José Macario Yépez constituyó una de las expresiones de duelo popular más puras y espontáneas que recuerdan los anales de la ciudad.

Apenas se registró el deceso, las campanas de todos los templos prorrumpieron en lúgubres tañidos. Todos los hombres notables de Barquisimeto, confundidos con gente sencilla, de los más apartados rincones suburbanos, habían invadido la casa del Padre Yépez comentando, como era natural, el divino significado de su muerte expiatoria y las virtudes del prelado.

Como se presumía que el Padre Yépez había muerto del Cólera, las autoridades dispusieron que su cadáver fuese sepultado en el osario común del "Dividive". Pero las enérgicas insinuaciones de todo el pueblo, que comparecía en la casa mortuoria, se opuso a tan cruel medida argumentando que había muerto de una enfermedad distinta al cólera como lo era el tifus.

Su entierro tuvo lugar cuatro horas después de haber sido confirmada su muerte y se llevó a efecto en el Cementerio de San Juan en medio de una ceremonia conmovedora.

Uno de sus discípulos, a propósito de su muerte escribiría después:

Un tierno y triste adiós exhalado desde lo más íntimo del corazón os dirige un compañero que os conoció y amó con unos vínculos emanados no de la carne, ni de la sangre, sino de aquella dulce caridad, de aquel saludable bálsamo que derrama sobre sus ministros el costado abierto del hijo de Jehová.

Otro de sus contemporáneos, J. Andrés Domínguez, escritor de la época, decía:

"¡Golpe fatal! ¡Cayó el robusto cedro, que daba sombra a Barquisimeto. El alma se recoge dentro de si misma, fija la intensidad de sus miradas sobre los decretos altísimos del Dios Altísimo, y nada ve sinó tenebrosidades misteriosas. Pobre Barquisimeto. En vuestro fortísimo muro resonó la voz de Dios, y, como los muros de Jericó, aquel cayó desmoronado a sus piés.

Destemplad un tanto vuestra atalaya, no se verá más sobre los muros de Israel: se apagó su voz! Si, ¡Se apagó aquella voz temible, que hacía temblar al lobo, que intentaba invadiros, cuando os entregábais a la molicie de los placeres"!

Perfecto Giménez, decía:

"Que día........!El rostro de todos los hombres anuncia que se ha consumado un acontecimiento de mucha gravedad en el órden moral del País.

La luz del Sol no es brillante; el viento muje; y el silencio de la ciudad revela un consuelo general ¿Será que como Jerusalén tiene sobre si la profecía de su ruina y que la hora se acerca?.

No. es que el orador sagrado, que combatía sin cesar, con una vos más alta que todas las voces de la maldad y el vicio, ha dejado de existir.

¡Ah Ciudad! Perdida y sola, mirad el cielo porque solo la Providencia te puede consolar.

Desde Mérida, E. F. C. escribía:

"La Ciudad de Barquisimeto ha perdido uno de sus mejores habitantes, uno de sus mejores Sacerdotes, y Venezuela debe llorar con lágrimas de un verdadero dolor la pérdida que ha hecho con la muerte de este Venezolano, de este insigne Varón ornamento que fué de su Patria.

El escritor a quien corresponden las iniciales de R. P. en un periódico local, decía:

"Tres aspiraciones ùnicamente dominaron el corazón de aquel varón ejemplar: Ser Sacerdote del Dios vivo, recostruir la Iglesia Parroquial de esta ciudad que derribó el Terremoto del año doce; y alcanzar la salvación de su alma.

Realizó los dos primeros de una manera espléndida, pues fué un dignísimo Ministro del

Altar, que agradó al señor en todos los días de su vida, y a merced de sus afanes, se colocó tres años bajo el Patriccinio de la Inmaculada Concepción de María, el gran templo de Barquisimeto, obra monumental que desafía los azares de un largo porvenir, realzando intensamente la gloria de Dios.

Y ¿La tercera aspiración? ¿La tercera? Gran Dios! ¿No habéis prometido los eternos e inefables goces y eterna bienaventuranza a los que observen vuestros santísimos preceptos?.

F. de P. Moreno en conmovidos pensamientos se expresaba de esta guisa:

«Sí, yo lo ví combatir contra la mala fé, con la obstinación, con el artificio, con la ilusión y falsa sutileza de los errores. Yo le ví sostener con ardor los intereses de la Iglesia y condenar con ilustración y energía, con autoridades y doctrinas, los arranques de la malicia y pretensiones gigantescas de los usurpadores.

Yo le ví acreditar su piadoso celo y reconquistar a favor de la enseñanza pública, del progreso y de la fé y de la religión, los bienes que le designara la piedad.

Desde Mérida, Ricardo Labastida se expresaba, así:

"A pesar del hondo vacío que la muerte del Padre Yépez ha dejado en nuestra desventurada patria, nosotros, sus admiradores y amigos somos los primeros en inclinar nuestras humildes frentes ante los Decretos de la Divina Providencia: quisiéramos empero inclinarlas también ante la tumba del varón justo y que nuestras lágrimas tributasen allí el justo homenaje de veneración y de respeto: las lágrimas de la resignación jamás pueden ofender a Cristo.

UN POETA NACIONAL

Y EL PADRE YEPEZ

Desde la altura de su fama y de su estro, el poeta Abigail Lozano, muy celebrado en su tiempo en su condición de Bardo que respondía a la sensibilidad del momento romántico que vivía Venezuela, publicó estas sentidas estrofas que se recitaron con unción en Barquisimeto hasta sabérselas todo el mundo de memoria.

D O L O R

Al Presbítero José Macario Yépez.

"No sabemos qué pueda escribir el odio sobre la piedra de un sepulcro,,

Victor Hugo.

Cayó......La Iglesia viste
créspones funerarios
los áureos incensarios
dan lúgubre fulgor.....

Solima está de duelo
mirad sus tristes calles
mirad sus tristes valles
sin flores ni verdor.

El Angel del Calvario
cuando la noche llega,
sobre esa tumba riega
sus lágrimas de luz

Y al desplegar sus alas
de grana y de zafiro.
con tétrico suspiro
se aleja desa cruz.

Si: Si; llorad........su sombra
reclama ese tributo
reclama eterno luto
y eterna gratitud.

Sed y hambre de justicia
le atormentó en el suelo....
Más hoy corona el cielo
su angélica virtud.

Su voz amedrentaba
la torpe tiranía
Su voz enmudecía
la tribu de Luzbel:

Y en esa altiva frente
brotaba el pensamiento
cual cedro corpulento
del Monte de Israel.

Sultana del Ocaso
rellena de amarguras
tus regias vestiduras
desgarra en tu dolor

Paloma del Santuario,
tu negra suerte llora
paloma gemidora
consuélate el Señor.

El son desas campanas
que con dolor se pierde
al corazón recuerde
la historia del que fué.

Vivió la bella vida
que solo el justo vive;
Coronas hoy recibe
su triunfadora fe.

Matronas y vestales
de la ciudad llorosa
sobre su yerta losa
perfumes derramad;

Y al rayo postrimero
del moribundo dia,
vuestra plegaria pía
por él a Dios enviad

(Junio 27 de 1856)

ORIGENES DEL CULTO
DE LA DIVINA PASTORA

Los orígenes históricos del culto que bajo la advocación de la Divina Pastora de Santa Rosa se le tributa a la Madre de Dios hubieran quedado completamente desconocidos a no ser por la labor investigadora del Hermano Nectario María. El eminente historiador, celebrado autor de "Venezuela Mariana", registrando libros parroquiales y diversidad de documentos, llegó a ciertas conclusiones en relación con el orígen de tan popular culto católico.

Por esas investigaciones sabemos que el génesis del culto tributado a la Divina Pastora de Santa Rosa está mezclado íntimamente con la vida edificante del licenciado Sabastián Bernal quién fuera

Cura de Santa Rosa desde el 5 de Julio de 1736 hasta el mes de agosto de 1794, fecha de la muerte de aquel Sacerdote, después de haber servido, con celo y fecundidad de obra, por el espacio de 58 años sin interrupción, el curato de aquella aldea que en un principio fuera una comunidad de indios "gayones" de las encomiendas coloniales bajo el capataz español.

Aunque el mismo Hermano Nectario no pudo averiguar, pese a sus empeños por conseguirlo, la fecha exacta cuando el licenciado Bernal enriqueció al Templo de Santa Rosa con la Imágen de la Divina Pastora, pudo saber, sin embargo, mediante lectura de los libros parroquiales, que en el Siglo XVIII se veneraba en uno de los Altares de aquella Capilla una imágen de la Vírgen Dolorosa. Probablemente fué en los años de 1779 a 1552 cuando el Padre Bernal bendijo y colocó la Imágen de la Divina Pastora en su Iglesia.

La Imágen de la Divina Pastora llegó a Santa Rosa por una equivocación providencial, expresiva de la voluntad divina en hacer alli su estancia milagrosa.

Según se sabe, el Cura Rector de la Santa Iglesia de la Concepción de Barquisimeto, que lo

era el doctor Felipe Prado, deseoso de exhornar las naves de su Iglesia con una Imágen de la Divina Pastora, encargó su escultura a un artista extranjero de ultramar.

Sabedor de los deseos del Padre Felipe Prado, el cura de Santa Rosa pidió en el mismo pliego otra Imágen de la Inmaculada Concepción con el fin de celebrar las fiestas anuales del 8 de diciembre que, en aquella aldea, solían revestir gran solemnidad y devoción.

Por una equivocación, el bulto que contenía la Imágen de la Inmaculada Concepción fué dirigida a Barquisimeto, a nombre del Cura de la Concepción y la otra imágen —la de la Divina Pastora— fué destinada erróneamente a Santa Rosa.....

Cuando entre el alborozo de las gentes llegó el bulto al cura doctrinero de Santa Rosa, el Sacerdote no pudo reprimir su sorpresa al ver que le había sido dirigida la Imágen de la Divina Pastora que él no había encargado.

Por ser esta imágen destinada al cura de Barquisimeto procedió, con la ayuda de algunos indios

a embalarla de nuevo para hacerla llegar a su destino verdadero. Una vez embalada la imágen, el cura dió órden a algunos indios de que fuera trasladada a Barquisimeto.

Pero cuando los indios quisieron levantarla del suelo, notaron que se había vuelto muy pesada y, por esfuerzos que hicieron para alzarla le fué imposible.

Casi todos los vecinos vinieron para ayudar a los indios y se congregó, en torno al bulto que contenía la imágen, una numerosa concurrencia en muda espectativa.

Todos estaban maravillados con aquel suceso excepcional, completamente fuera de lo común. El Padre Bernal dió aviso del caso, al cura de Barquisimeto para que, en su calidad de superior, dispusiera lo conducente. El Vicario de Barquisimeto, enterado del suceso con todos sus detalles, expresó que en aquella forma, la Divina Pastora manifestaba sus deseos de quedarse en Santa Rosa, y que en acatamiento de aquella manifestación de la voluntad divina: se quedara la Imágen en aquella aldea, para que allí fuera objeto del culto de la feligresía.

La imágen se tornó liviana cuando los indígenas trataron de levantarla para ser colocada en el nicho de la Iglesia de Santa Rosa. Entre gran pompa y solemnidad se llevó a efecto una festividad religiosa que fué como la semilla de un culto que prosperaría al andar del tiempo, en los mejores frutos espirituales

§—§—§—§—§
§—§—§—§

LA DIVINA PASTORA

Y EL TERREMOTO DEL AÑO 12

La imágen de la Divina Pastora, en su nicho de la Iglesia de Santa Rosa, constituyó el punto de partida de una tradición que prosperaría notablemente. Indios y campesinos, como personas notables no solo de Santa Rosa sino de Barquisimeto, invocaban a la Divina Pastora en sus necesidades y tribulaciones, obteniendo numerosos favores.

La fama de aquellos milagros, que todavía conserva la tradición oral, fué extendiéndose en bandadas por todos los pueblos circunvecinos y más allá.

Durante el Curato de Santa Rosa, del Presbítero doctor Juan Mujica, tuvo lugar el terremoto del año de 1812 y cuyas funestas consecuencias, son de todos conocidas.

La Iglesia de Santa Rosa hubo de desplomarse por los sacudimientos del sismo, destruyéndose lamentablemente. Fué en aquella ocasión cuando se registró otro suceso milagroso.

Toda la Iglesia —como queda dicho— quedó convertida en un montón de ruinas, salvándose solamente el nicho donde estaba expuesta la Divina Pastora. Las gentes, ante aquel suceso extraordinario vieron en el una manifestación del poder divino y desde entonces, el culto se acrecentó en el corazón de los creyentes hasta lograr poderosa propagación

El 14 de enero de cada año se consagra como una festividad anual de la Divina Pastora, celebrada en su honor y con tal motivo, la venerada Imágen es traída en Procesión desde Santa Rosa a Barquisimeto entre gran concurso de fieles.

Para atender al incremento del culto se fundó el 28 de enero de 1887 la "Sociedad de la Divina Pastora" con sede en Barquisimeto, organización que contó entre sus miembros, gentes de todas las clases sociales, y que, desde su remota fundación labora por el incremento de la devoción, el esplendor del culto y la ayuda material entre sus socios.

DESDE HACE CIEN AÑOS.....

El 14 de enero de todos los años, torna la Divina Pastora a Barquisimeto dejando su nicho de la Iglesia de Santa Rosa. La tranquilidad de aquella aldea se ve turbada por la afluencia de innumerables devotos provenientes de todos los puntos cardinales del Estado Lara.

Desde las haciendas cercanas, innumerables labriegos, unos a pie y otros cabalgando, van llegando y llenando las callejas del pueblo.

La mayoría vienen a pagar sus promesas ofrecidas por favores recibidos, trayendo sus ex-votos para dejarlos a los pies de la Vírgen, como testimonio de su agradecimiento, como prueba fehaciente de que sus súplicas fueron escuchadas por la Divina Madre.

Personajes adinerados obsequian dones a la bella Imágen, mientras que la fe sencilla del pueblo le enciende velas a su alrededor o le prende lámparas votivas. El conjunto es abigarrado y pintoresco: algunos, para cumplir sus promesas hacen largos trayectos a pie y descalzos, y, al llegar frente a la Divina Pastora, se arrodillan con los brazos en cruz quedando postrados por largas horas.

Entre tanto, las campanas, repican alegremente entre insistentes detonaciones de cohetes y música que interpretan alegres conjuntos populares en la plazoleta cercana al Templo.

En el interior de la iglesia se percibe un espeso murmullo compuesto por Salves, Avemarías y Letanias pronunciadas por la multitud llena de mariano fervor. Al salir la Sagrada Imágen con rumbo a Barquisimeto, la multitud, abandonando el pueblo, sigue la procesión; las calles de la ciudad se engalanan con palmas en las ventanas de las casas y arcos en las calles. De vez en cuando la procesión se detiene frente a alguna casa para recibir un homenaje.

Los hombres se impacientan porque les toque su turno para cargar las andas. Ya en horas de la tar-

de, la Divina Pastora hace su entrada procesional en el Templo de la Catedral.

Allí permanece una semana recibiendo el tributo de la fe en diversas expresiones y manifestaciones sensibles. De la Catedral es llevada a la Santa Iglesia Concepción donde permanece algunos días luego al Santuario de la Paz.

Era también llevada al Hospital "La Caridad" donde los enfermos hacían sus premesas, y, luego pasaba por el antiguo penal de "Las Tres Torres" donde era igualmente objeto de múltiple veneración por parte de los presos.

Muy lucidas resultan estas solemnidades dejando un recuerdo grato en el alma de los Barquisimetanos que no olvidan la atribulada ciudad de otros dias, cuando la Excelsa Señora derramó su misericordia oportuna y eficaz.

F I N

Impreso en
la Tipografía
«DINELLI»
Barquisimeto
Teléfono2829